

Dejó á un lado la inspiración y negoció con su arte; pintó sobre porcelana; dibujó caligrafía; embadurnó panoramas; hizo figuras sobre vidrio para linternas y siluetas para sombras chinescas; fué de teatro en teatro improvisando caricaturas al minuto é hizo retratos en la feria, hasta que, ya exhausto, casado, con cuatro hijos que mantener, envejecido y agotado, se amparó en la fotografía como última tabla de salvamento.

Para ejercerla fué á instalarse al pie de aquel molino que tan mal había pagado su cariño; se incrustó como un molusco en sus plantas, no pudiendo volar con sus alas, y se quedó aletargado en el fondo de su mísera vivienda.

*
**

Diez años hacía ya que desde allí sentía deslizarse su vida monótona como una llanura sin fondo; diez años interminables que vió pasar inmóvil sin ninguna sensación que levantara su espíritu.

Allí, delante de la puerta, con su mujer y sus hijos, esperaba que subieran los clientes, bajo los rayos de un enfermizo sol de invierno; pero los clientes no subían:

No subían ni atraídos por el cuadro de la entrada, ni por la famosa silueta del molino.

El fotógrafo la veía con tristeza, fijaba su mirada en aquellas alas grises que daban vueltas sin descanso, y, perturbándose su mente bajo aquel rodar eterno, dejaba caer la cabeza sobre el pecho, mareado.

VII

Montmartre por la noche

Montmartre tiene una ventaja sobre los demás barrios parisienses: un cuarto de hora más de luz por la mañana y media hora por la tarde.

Cuando en los grandes bulevares los faroles ya vacilan, amarillentos, sobre el fondo obscuro de la noche que se aproxima; en esta hora indecisa en que las calles se ven invadidas por la sombra, que pausadamente va subiendo envuelta en ultramar y cobalto, todavía puede verse allá en lo alto de Montmartre, iluminado por los últimos rayos del sol poniente.

El cerro, visto en esta hora postrera, tiene tonos brillantes de Oriente y matices de nieve de un paisaje del Norte.

Las casas, coronadas por la blanca iglesia que sobresale en la cúspide, son las últimas en despedirse del sol, tan querido en este terrible invierno, y el astro generoso, antes de ocultarse en el fondo de la llanura, envía colores de suavísima armonía á la poblada montaña y la adorna con gradaciones de tintas indefnibles.

Toda la escala acromática de violetas claras vibra en los tejados, que van quedándose de apagado mate; la nieve, bañada por el rojo encendido, adquiere veladuras rosadas que son el tormento de los pintores coloristas; los ventanales reflejan el

horizonte imitando sus graduadas aureolas; y en lo alto, en lo más alto, las pizarras, heridas por rayos de color de fuego, adquieren el aspecto de una ciudad que muere encendida, hundiéndose lentamente en el fondo de hielo.

Tal es el aspecto del monte del molino, cuando el sol se digna visitarlo en estos tiempos de niebla; aspecto que dura un instante para dar paso á la noche.

Esta se presenta con su séquito de estrellas, que parecen temblar de frío; con el aire que la acompaña y que se desliza helado como el mármol; y en aquella hora de transición misteriosa, entre aquella quietud solemne, Montmartre parece alestargado y dormido en el fondo de sus estrechas y fantásticas callejuelas.

Pero no es así, por fortuna.

Montmartre no descansa.

En este montón de talleres donde todo el día se trabaja con afán incansable; en esta inmensa colmena en donde se aprovecha la luz hasta el último reflejo, las hormigas que la habitan se convierten en cigarras cuando la tarde se apaga; en cigarras modernas, que cantan á la claridad del gas y de la blanca luz eléctrica, porque Montmartre, como buen nido de artistas y bohemios, es el país de las canciones.

Aquí se recogen y se guardan los cantos populares, esas quejas y latidos del pueblo, que de boca en boca han llegado hasta nosotros con el aliento de otros tiempos; aquí se crean las coplas picarescas que recorren el mundo de los cafés conciertos; aquí se ponen en música las estrofas pa-

trióticas que derriban á veces un gobierno ó proclaman un dictador; aquí nacen las primeras notas que más tarde son semilla de musicales creaciones, y por el aire vagan y circulan, sin duda, los sonidos que dictan tantos cantares brotados espontáneamente en este barrio, como llovidos del cielo.

La grande arteria, esos famosos bulevares exteriores, están llenos de escenarios donde se da el primer compás de motivos servidos como frutos primerizos. Allí tantean sus primeros pasos sobre las tablas de un mal café los humildes debutantes que más tarde han de ser estrellas del arte; allí ignorados actores rompen sus primeras picas y aprenden á mirar el público frente á frente, antes de que la celebridad les corone; allí el escéptico auditorio relega un artista al olvido ó le da un pase para la gloria.

Entrada ya la noche, á lo largo de aquellas ramblas se alumbran focos de blanca claridad, que hacen destacar la gente como sombras chinescas; faroles verdes y encarnados penden debajo de las marquesinas, reflejándose en las charcas con chispas de colores movedizos como fuegos de bengala; y la luz sale en cascadas por las puertas, mientras va entrando un mundo de diletantes atraídos por los anuncios que en las fachadas y kioscos ensalzan en grandes letras la diva á la moda, el cantante mimado y la última canción acabada de nacer y tibia todavía del calor del pensamiento.

El *Moulin Rouge*, en el bulevar de Clichy, con sus ventanales y minaretes góticos, con la claridad interior que hace destacar sus caprichosas ojivas, con sus líneas de globos encendidos y sus

vidrios holandeses, es el local que llama más extranjeros.

A su luz se lanzan lo mismo que atolondradas mariposas. Se pasean con la guía en la mano mirando el techo, como quien visita el cementerio de Pisa ó la rotonda de Florencia; se enteran minuciosamente de todo y lo apuntan en su inseparable cartera, no fiándolo á la memoria; se aburren el tiempo que para ello han destinado, y se vuelven á su patria, jactándose de que han conocido París hasta en sus más recónditas intimidades.

En este baile-concierto están actualmente de moda las canciones españolas, como restos del recuerdo que dejaron en la última exposición las manolas y toreros.

En todas las sesiones salen á lucir su garbo dos chúlas de *Batignolles* por lo menos y vestidas á lo Carmen de ópera cómica, con su calañés inverosímil y su fantástica chaqueta: tocan la pandereta á puñetazo limpio, hablan (con elogio) de los ojos españoles ó sacan el puñal de la liga (que no es agraria); bailan la *danse du ventre* y acaban lanzando algunos olés tan ibéricos como les permite su garganta parisiense.

El *Petit picador* es la canción del día, aunque se cante allí por la noche.

Consisten los *couplets* en ensalzar, como no se merecen, la esbeltez de formas y caballerosos modales, á más de la finura y distinción, de esos *taurómatas* ginetes, y en presentarlos al auditorio tan acaramelados y gomosos, que el que no supiera de quién se trata se creería que las estrofas van diri-

gidas á una niña de ojos azules y de rubia y trenzada cabellera.

El único español auténtico, vestido de andaluz, que sale á relucir entre tanta imitación, es un castellano viejo.

Vino aquí á vender no sé qué productos de su querida Castilla; mas, como no llevaba ni panderetas, ni dátiles, ni naranjas, ni vestía de impertérito contrabandista, pasó desapercibido entre este público que no conoce más nacionalidad que el trajetan adulterado como todos saben; se arruinó con lo que debía ser su negocio, y, sin dinero ni buen humor para volver á España, se quedó en Montmartre emigrado, viviendo por obra y gracia de una mala alimentación bien digerida.

Más tarde, con la experiencia del desengaño, cambió de rumbo.

Compró un traje viejo de torero en las corridas Meneses que aquí se dieron, y sirvió con él de modelo á los pintores *característicos*, hasta que, por fin, fué contratado como bolero en el *Moulin Rouge*, donde hoy, contrariada su vocación de labrador, baila hasta reventar como un derviche, y, pálido, flaco y disfrazado, parece un fantoche del flamenquismo importado en esta tierra, para muestra de aquel género.

Más arriba, siguiendo el boulevard de Clichy, dos fantásticas lámparas anuncian el *Diván japonés*.

La especialidad en este concierto, lleno siempre de bote en bote, es la de no escuchar á nadie mientras canta; fumar hasta convertir el local en un fondo sin líneas, donde todo se difuma entre los vapores de una niebla espesa como gelatina; gritar

en voz alta, lo más alta que resista de laringe ; beber sin sed y no comer con hambre, y dejar correr las horas amontonando platos de cerveza.

Allá en el fondo, entre tal robusta gritería, capaz de aturdir al más turbio de oído, rodeada de monstruos del Japón que penden del techo, con doble juego de orejas y triple líneas de dientes, y entre figuras de serpientes submarinas é ídolos con ojos de tiburón que brillan en las paredes, se ve (entre nubes) una pobre figura que, encima del escenario, abriendo la boca y mirando aguzada al director de orquesta, yendo y viniendo y agitándose con movimientos descompasados, trata de hacerse escuchar entre aquel formidable clamoreo.

A veces es un soldado el que canta, con pantalones que le llegan hasta el cuello, guantes verdes y peluca de *tonto* ; otras una *grisette* que deja su carrera para debutar en el género *fin de siècle*, vestida lo menos posible y lo mejor que sabe ; otras un pollo afeitado, imitando á Paulus, con frac color de perla y pantalón de verano ; y, por último, algún tenor vergonzante, es decir, que con antifaz de terciopelo lanza algunas notas agudas, de cuya agudez y mérito nadie puede hacerse cargo á causa de la consabida y eterna gritería de la casa.

Un sólo día calló y escuchó atento aquel terrible auditorio.

Cantaba Ivette Guilbert. Su fama era naciente, y á la segunda copla aplaudía ya todo el mundo enfusiasmado.

Bajo aquel armazón alto y delgado ; dentro de aquellas espaldas misteriosas, flacas y caídas, aquel público adivinó un alma penetrante que había de

abrirse paso en este París, ávido de originalidad y de nuevas sensaciones, y comprendió que el sarcasmo envuelto en velada ironía, que brotaba de aquellos labios estrechos y expresivos, sería coronado por el éxito y que pronto la entonces debutante dejaría el nido de Montmartre, para volar hacia barrios más opulentos.

Así fué, en efecto. La hija adoptiva del barrio de los artistas fué bajando á medida que fué subiendo, llevando en su garganta los cantos de la poblada montaña, y hoy, coronada por la gloria, mimada por el mundo elegante, va sembrando por donde pasa algo de ese *argot* pintoresco y expresivo, nacido en la falda de la colina.

Para oír ese lenguaje del pueblo en toda su pureza y característica variedad hay que sentarse en una vetusta mesa de los Mirlitons y oír entonar á Bruant las coplas escritas y compuestas por él mismo.

Todas las noches los pintores acuden á bandadas para escucharle. Allí se disfruta de la más amplia libertad ; allí pueden exponerse las más novísimas teorías del arte, sin temor de que nadie se ruborice, y la palabra es para todos, y todos pueden usarla y abusar de ella si conviene.

El café de Bruant es pequeño, tan pequeño que, cuando acude un parroquiano más de los acostumbrados, tiene que esperar plaza vacante, como si se tratara de entrar en la sesuda Academia de la Historia. Bruant introduce al recién llegado, lo coloca donde puede, dicta órdenes severas para que le traigan un vaso de cerveza, mientras que los de adentro le reciben cantándole una canción poco aduladora

y le dirigen la palabra como amigos conocidos de antigua fecha.

Bruant, por la calle, lleva inmenso gabán de *peluche*, gran sombrero de castor y holgado tapabocas que le da varias vueltas por el cuello. Tres ó cuatro perros de aguas le acompañan (desde que una Maritornes le mató un pato amaestrado que le seguía á todas partes), y su típica silueta es conocida en todo el barrio de Montmartre.

En su casa viste garibaldina encarnada, medias botas y pantalón de terciopelo. Lleva rubias melenas (y esto en su casa como fuera de ella), que sirven de marco á un rostro inteligente y afeitado, y anda cimbreándose, como marino en tierra firme, en medio de los *bibelots* que se amontonan en aquella característica morada.

Lámparas de hierro forjado, bajos relieves con pátina amarillenta, croquis á la pluma, fragmentos de madera esculpida, vasos y ánforas de formas inesperadas, litografías de antaño y otros cien objetos más rodean el retrato de Bruant, y, éste, paseándose con aire majestuoso, canta sus canciones más celebradas.

Canta los crímenes de la Villette; canta el canal legendario de aguas enlutadas con la guillotina en el fondo elevándose en terrible silueta; canta las miserias en Menilmontant, con sus tortuosas callejuelas y sus solares desiertos, con la ortiga brotando del abandono, con su población miserable acampando alrededor del cementerio del Père Lachaise, en el que se ven desfilar los entierros como vagas apariciones; canta las hecatombes del matadero con el más ferviente realismo; canta las an-

gustias de *Saint-Lazare* con todos los horrores de aquel hospital inmenso; y con su voz cavernosa adquiere la solemnidad de un profeta que narra á su alegre auditorio las angustias todas, todas las desdichas que palpitan ignoradas, como en dilatado desierto, en este París que pone en música lo mismo sus glorias que sus más negras desventuras.

Y lo mismo que en casa Bruant son innumerables los rincones, cervecerías, sótanos y cafés, donde la voz resuena hasta las altas horas de la noche: en el *Clou*, con su público de bohemios, entre las escenas de Pierrot pintadas por el delicado y espiritual pincel de Villette; en el *Chat Noir*, célebre por su decoración fantástica; en la *Cigale*, en el *Euro-péen*. Por todas sus grietas y chimeneas, de todas sus puertas y ventanas, Montmartre lanza sus notas como lluvia de arte; lluvia que al remontarse en vapor convida á respirar ese aroma misterioso que vaga por el gran barrio.

VIII

Una excursión á Ruan

Leí, hace tiempo, en un libro poco leído, que en este mundo en que vivimos todo acaba por cansar, así lo bueno como lo malo.

Que cansaba lo malo, ya lo sabía antes de esta